

JÓVENES ARTISTAS II

MARTHA CHAPA

Tal como le he prometido a quienes conforman una nueva generación de jóvenes artistas, deseo y hasta necesito continuar haciendo una serie de reflexiones entorno al arte ya que como les dije en otra ocasión estoy en un momento de hacer un balance existencial y profesional, en mis 35 años de pintora. Hoy quiero hablarles de la Cultura y el Desarrollo. Inicio con un pensamiento del gran Octavio Paz, para quien el futuro no existe: “es un espejismo sobre ruedas, que al ser tocado se repliega sobre sí mismo para volvernos a atrapar entre la bruma de lo que todavía no sucede”. Inalcanzable por esencia, aun en las naciones que ahora viven la era postindustrial, el progreso deja rastros de incesante deterioro ambiental, cuyas consecuencias ya están a la vista. Nosotros, que no tenemos las ventajas de un desarrollo semejante, padecemos en cambio las mismas desventajas que le son inherentes: pensemos en la ciudad de México, hundida bajo pesada corona de contaminación atmosférica. Pensemos también, aunque no hayamos marchado al ritmo de otros países, en el ocio venenoso engendrado por el exceso de máquina cuando no se cuenta con satisfactores de orden espiritual capaces de volverlo productivo.

El ocio productivo tiene que ver con la disciplina tanto como con el trabajo bien dirigido. Debe planearse en concordancia con la sensualidad y pluralidad que constituyen al ser humano. Sensualizar el trabajo y dis-

ciplinar el ocio parece la prescripción adecuada para aquellas sociedades que están en riesgo de perder su equilibrio interno. Por esta razón, ahora que estamos en vísperas de una indispensable y auténtica modernización, necesitamos algo más que una lúcida estrategia para el desarrollo.

No saldremos adelante sin una inmersión profunda y consciente en las fuentes de nuestra cultura, que ponga de relieve las particularidades de una inmensa tradición que se inició hace más de tres mil años. Cierto: somos occidentales. No son extrañas para nosotros las obras de Shakespeare o de Calderón de la Barca. La pintura de Murillo o del Giotto, entre otras, alimentan nuestra sensibilidad desde hace siglos. Pero, además, somos un país de profundas raíces indígenas. Nuestras fiestas populares, la comida y los ritos, la poesía y la arquitectura, las artes plásticas y la danza integran un mosaico de insólita riqueza. Sobre todo, nos confieren una fisonomía nacional que nos hace distintos y explica la incesante creatividad de un pueblo que traza caminos y desbordan las limitaciones del vacío futuro que mencioné al inicio de estas reflexiones.

Tomemos en cuenta otros factores. Debido a sus características particulares, Latinoamérica ha producido en los últimos años un gran impacto en Europa, gracias a la ola de frescura y renovación que representan, sobre todo, su literatura y su pintura. Tal es la revancha milagrosa de quienes no tuvieron Renacimiento, ni Ilustración, ni Modernismo. Tal es la respuesta de las naciones que no accedieron a la crítica que preparó la Reforma y maduró en la obra genial de los enciclopedistas. El precio de esta marginación nos separó de la modernidad, en tantas líneas de progreso, y también de la democracia. Por eso la tarea en este campo es enorme, pero sus frutos son inminentes.

Sin embargo, debemos advertir el riesgo de quedarnos sin el trozo de comida que el perro de la fábula veía en las manos de un paseante y que también contempla

duplicado en los reflejos del río, pues todo cambio debe tener un límite: el respeto a nuestras costumbres. Todo cambio exige vigilancia, cautela escrupulosa en cuanto a los peligros de la deshumanización, ya que según los antropólogos muchos países de fuerte cultura, al modernizarse, extraviaron su pasado.

Este pretérito debe seguir vivo en la provincia y debe preocupar a los evangelizadores de la cultura central, quienes llevan su mensaje de desnaturalización y de adaptación postiza a regiones de la patria que desde hace mucho gozan, bajo la corteza de una visión del mundo occidental, otro mosaico de valores y de hábitos como fuerza modeladora de su existencia. Defender lenguas, costumbres, tradiciones, rituales populares, a lo largo de nuestro territorio debe ser la empresa que acompañe al proceso de modernización que tanta falta nos hace, pero también recreando o adicionando. Sólo así estaremos protegidos contra el destino de hielo y pesadilla que amenaza a la civilización seducida por un futuro de rostro vacío.

Diversos pensadores se han sorprendido al observar que el arte es transhistórico. Nosotros, hoy en día, no nos sorprendemos al reflexionar sobre la vigencia del arte prehispánico como arte universal. Expresión esencial de la humanidad, el arte transmite, en primera y última instancia, el sentimiento del pueblo. Alma popular. De ahí su importancia, desde lo que llamamos arte prehispánico, elaborado con fines mágicos y religiosos, hasta el de la modernidad, construido bajo otras determinantes económicas sociales.

El arte constituye el desarrollo que humaniza a la sociedad, porque es el representante del humanismo, en tanto que lo realizamos seres que pensamos y creamos representaciones, símbolos a través de los cuales descubrimos la sensibilidad.

Por eso afirmo, sin temor a equivocarme, que el nuestro es un gran pueblo. Los mexicanos somos seres sensibles y creativos. Debemos cuidar uno de los más

grandes tesoros que tenemos: nuestro patrimonio cultural. Ahora recuerdo un cuento que viene al caso: Alguna vez se desató un incendio en un bosque, y todos los animales salieron huyendo, despavoridos. Sólo un pequeño pájaro, criatura indefensa aunque bella, volaba hacia el río, mojaba sus alas y regresaba al fuego tratando de apagarlo. Un león, una lechuza y un cocodrilo lo vieron y le preguntaron: “¿Qué haces, iluso? ¿No te das cuenta de que no podrás apagar el fuego? Huye al otro lado del bosque, ahora que tienes tiempo”. A lo que la avecilla respondió: “Esto es lo único que tengo; éste es mi bosque; aquí nací y aquí continúo mi tarea”. El pájaro siguió mojado sus alas y las sacudía sobre las llamas. El resto de los animales comprendieron: se avergonzaron y regresaron al bosque para apagar el fuego.

Esa es la función del arte en la cultura: expresión de un sentimiento enraizado desde siempre, manifestación de mexicanidad entre nosotros, amor a lo propio que, al humanizarlo, construye tiempo que ayuda a apagar incendios, pero también a preservar y enriquecer lo nuestro.

Por eso Después de esta emotiva reflexión convoco a los jóvenes a que humedezcan sus pinceles y tracen nuevos bosques. ■

enlachapa@prodigy.net.mx



Guadalupe Rosas